

EL ELIXIR

Desconocía el candidato a patibulario los precisos escalones que durante la noche y madrugada de ese día aciago habían montado, amartillado los oficiales y peones carpinteros. Ese ruido constante, monótono, ese toc, toc, se le metía en los oídos, le penetraba el cacumen y no le permitían dormir, más insoportables eran esos continuos ruidos ¡y además desacompasados! que el saber de una hermosa y nueva cuerda de esparto trenzada para el momento le estaba esperando en una cita a las siete de la mañana. Maldita sea – pensó –no voy a poder conciliar el sueño con tanto golpeteo.

A primera hora de la madrugada cesó el martilleo y una modorra persistente se adueñó del cautivo. Capitán de ejércitos mercenarios en Flandes, en la bota itálica condotiero, ermitaño en Castellón, no sin antes haber pasado por echador de cartas, falsificador de moneda, comerciante en la ruta de la seda y preferido del sultán de Ranchipur. Pasó una temporada actuando de proxeneta con dos mulatas caribeñas excepcionales, una de ellas con un pectoral que cualquier esporádico amante era incapaz de abarcar con sus dos brazos abiertos semejante perímetro. La otra con unas ancas tales que los guardias fronterizos la tenían que cachear, a gusto y sin pesar, obligadamente

pensando que eran falsas, que en semejantes glúteos tenía que haber trampa y contrabando. Luis Villaraco y Valterra señor de latifundios nunca optó por título nobiliario alguno por mor de las mujeres. No se percató, en cierta ocasión de la entrada en el recinto - donde se hallaba - del primer representante del reino. Estaba don Luis ensismado en el generoso escote de una estupenda dama de unos maravillosos cuarenta abriles, no se descubrió la testa como era mandado semejándose sin quererlo a los nobles que tenían ese privilegio ante el representante de la Flor de Lis de seguir cubiertos. Luis Villaraco enfrascado en el excesivo y generoso escote de la dama cortesana no vio ni sintió la presencia real y su cabeza siguió cubierta con un sombrero adornado con la pluma del Tucán. Alguien con autoridad y poder en la corte le asió con mano de hierro y delicadeza de damisela del antebrazo y con la vista le invitó a acompañarle. Don Luis acompañó al exigente demandante con una sonrisa en los labios teniendo en su mirada aún los prominentes senos. Fuera del salón principal y muy próximos a la puerta de entrada o salida el caballero invitador con voz engolada manifestó de forma muy educada: Vos, hijo de puta, salid de estas instancias y no volváis nunca jamás. ¿Qué sucede? Preguntó ligeramente atónito Luis Villaraco. De un manotazo el noble maquillado y empolvada peluca, le tiró al suelo su sombrero pluma-tucán a la par que decía: Tened educación y deferencia ante vuestro soberano ¿Quién os dio aquiescencia para seguir cubierto? ¡Fuera de aquí mameluco maricón! Y de un puntapié en el cóccix lo plantó al otro lado del vano. Luis Villaraco sintió que en su fuero interno algo se removía, que no eran formas y menos de un advenedizo, quiso rehacerse, revolverse, actuar como siempre lo hizo, no permitiendo humillaciones ni impertinencias. Empuñó su toledana como reacción normal ante el patadón pero sintió el pinchazo en su cuello de un acero frío y más rápido que el suyo. Largo de aquí leguleyo o te ensarto como a un pollo. Luis no pudo evitar un gruñido

salido de lo más hondo de su garganta, odio y desesperanza, impotencia y una falta de práctica en la esgrima, ese arte tan necesario en estos tiempos que corren, le hizo recoger el sombrero y sin saludar se alejó de su contrincante no sin antes dejar de oír: Hijo de puta bastardo.

El golpe seco que dio la trampilla del patíbulo lo despertó. Están probando su funcionamiento. Se dijo entre sueños. Un poco más despierto dejó escapar en voz baja: Que asco, no me van a dejar descansar ni para tener buena cara. Intentó recuperar nuevamente el sueño perdido pensando: Para lo poco que me queda descansemos un rato si me dejan. No podía calcular el tiempo que durmió pero dedujo que sería muy poco. Aquel descerrojazo potente, ruidoso, sin consideración lo expulsó de la cama como gato escaldado.

¡Por Dios! ¿Que sucede? Preguntó tiritando de frío Luis Villaraco. Un mocetón grande como una mole apareció en la puerta con unos enseres farfullando: Os traemos agua y demás útiles para que os aseéis si os place que debe placeros pues esas son mis órdenes, de que os lavéis, señor. Luis se bajó del camastro y tomó en sus manos la palangana manifestando: Podríais calentar el agua. Señor, no os disgustéis conmigo soy un mandado. El reo posó el recipiente sobre el único taburete y comenzó a lavarse con parsimonia manifiesta, empezó por la cara, el cuello, los brazos y por ultimo los sobacos, estuvo secándose un buen rato como si ello fuese de vital importancia.

Concluida la operación de aseo se miró y remiró en el pequeño espejo que el mozo le ofreció. Una moneda si me traéis un barbero. Al vuelo cogió el carcelero la propina y como alma en pena salió pitando no sin antes cerrar y decir: Señor sois de inmediato servido. Luis se quedó pensativo, meditando sin mover un músculo, sus pensamientos se agolparon y retrocedieron en el tiempo, en lo vivido y

en el presente, murmuró para si mismo: “El alma humana, que pobreza hay en alma humana, todo vale un níquel y por él se pierden la mayoría de las almas humanas, este infeliz doblega la suya por un cobre, sale corriendo no por el favor, sino por la moneda, aquel vende la hacienda por una bolsa y los reyes venden la vida de sus súbditos por mantener la suya. ¿Dónde está la nobleza de espíritu? Dicen que en el peso de la bolsa. Tal vez, yo también estoy empezando a creerlo.

¡Barbero!. Señor no tengáis prisa, aun falta tiempo... Hideputa no me nombres la cuerda, háblame de cómo es tu mujer. Barbero de tropa. El rasurador hizo sentarse a Don Luis Villaraco y Valterra en el taburete e inició su trabajo con una tranquilidad de no tener que ir a ningún sitio. Enjabonó la faz del reo y al primer pase de navaja dijo sin mirar a ningún sitio: Gargantas reales he tenido bajo este pequeño acero. A Luis Villaraco le sacudió un escalofrío que le cubrió todo el cuerpo no pudiendo evitar un tembleque de piernas. No temáis no os causaré ningún mal, tengo tajante orden de no alterar la tranquilidad del recinto, del lugar, hasta que el conde se levante para presenciar... Por favor no lo mentéis. Se impuso un silencio total, solo se podía oír el pasar de la navaja por la barba crecida del “muerto” de frío. Luis Villaraco rompió el silencio preguntando de nuevo por la mujer del barbero. El portador de la navaja era un hombre pequeño de buen nervio, con pulso notable, prosiguió su tarea como si no hubiese oído nada. Luis Villaraco no insistió en la pregunta. El hombrecillo comenzó diciendo: Pesa cien kilos, es obscena, habla mal, guisa peor y se ha follado a toda la tropa del castillo, creo que anda por la tercera vuelta, seguramente, ahora que estoy aquí estará revolcada con un par de ellos, no tiene límite y lo peor es que debo permitirlo, he querido irme de aquí, abandonar, pero el conde no me lo permite, debo quedarme, debo seguir rasurando su faz y algunas

más, tampoco puedo castigarla a ella, me ahorcarían en veinticuatro horas, así es la vida, tengo siete hijos y creo que ninguno es mio, por lo menos no se me parecen. ¿Y vos mojáis? Preguntó Luis. Antes sí, ahora no me apetece, es tan ordinaria, tan grasienta, además le encantan los ajos y las cebolletas, su aliento es descomunal, llevo una temporada que no le hago ni caso. Diciendo esto repasó por última vez la faz de Luis Villaraco concluyendo su tarea. El recién afeitado sacó su penúltima moneda, medio maravedí entregándosela al barbero. El hombrecillo asió la numismática y como vino se marchó sin hacer ruido. Luis Villaraco se manoseó la cara comprobando que era un buen barbero, se vistió su sucia camisa y un chaleco más sucio aún y de un salto se encaramó al alfeizar de la ventana visualizando el patíbulo, no sintió nada en especial, si apreció que lo habían montado con madera recién cortada, el olor de la misma llegaba hasta él, le agradó el olor, por un breve instante se sintió aliviado y sonrió, le sacó de su gozo una ruda voz. ¡Bajad de ahí perillán! Un moñigo para ti mastuerzo. Respondió el preso y unas carcajadas se oyeron en el patio procedente de otros encarcelados. Nuevamente el cerrojo retumbó en la celda, ruido infernal que ponía malo a cualquiera, entre las jambas apareció un fraile con una sonrisa tan falsa que a Don Luis Villaraco se le escapó la risa, saltó de la ventana e hizo una reverencia para permitir el paso y ofrecer asiento al recién llegado. Éste lo tomó sin dejar de sonreír y el carcelero cerró tras de sí con el ruido espantoso. El reo y el fraile se encontraron frente a frente, Luis decidió tomar la palabra. ¿Y bien padre? El fraile aflojó la sonrisa, el preso pudo observar que no tenía mala expresión, normal, de unos cuarenta años. Con voz un tanto aflautada comenzó el fraile diciendo: Hijo mio he venido por si me necesitas, ya sabéis que en estos momentos siempre es buena una confesión con Dios, liberarte de las angustias, reconfortarte, descansar el alma. Ya veo, ya, lo de costumbre -respondió Luis-. Los dos hombres se miraron detenidamente pero